

CAGIGAL: RETRATO DEL HOMBRE

Virginia Cagigal de Gregorio* y Rocío Bohórquez**

CAGIGAL: A PORTRAIT OF THE MAN

KEYWORDS: History of psychology, Physical education, Sports psychology, Cagigal.

ABSTRACT: "Cagigal: A Portrait of the Man" offers a new insight into the founder of Spain's prestigious "National Institute for Physical Education" (INEF), whose forward-thinking approach and work were the forerunners of what is today known as sports psychology. An outline is made of Cagigal's concept of sport as both a means and an end in itself, as an educational tool and a philosophy of life, which José María Cagigal extended to all aspects of his life. His daughter, Dr. Virginia Cagigal de Gregorio, helps us to discover a man who was deeply committed to his philosophy of education, to human beings and to sport. These ideas were put into practice in his professional and personal life, transforming his family into a team and his life into an exercise in sport.

Correspondencia: Virginia Cagigal de Gregorio. Departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: vcagigal@chs.upcomillas.es

* Universidad Pontificia de Comillas.

** Universidad de Sevilla.

— Fecha de recepción: 11 de Setiembre de 2006. Fecha de aceptación: 26 de Octubre de 2006.

Quiero comenzar estas líneas agradeciendo a Dña. Rocío Bohórquez, al Dr. Jaime Cruz i Feliu y al Dr. Alexandre Garcia-Mas la oportunidad que me dan de escribir sobre mi padre, así como el haber impulsado este homenaje a su persona a través de la *Revista de Psicología del Deporte*. Para mí, como hija, es un regalo poder plasmar algunas pinceladas sobre su rostro familiar y personal, ese otro lado que se conoce menos y que también completa la figura del hombre de pensamiento y de acción. No es fácil escribir sobre mi padre sin que resulte una imagen aparentemente idealizada ya que, además de haber aportado su conocimiento, su sabiduría y su entusiasmo a la educación física, al deporte y a la pedagogía en nuestro país y más allá de sus fronteras, ha sido una gran persona en su caminar por la vida. Por ello dejaré que las anécdotas vayan dibujando lo que las ideas difícilmente pueden expresar.

José María Cagigal nació en Bilbao el 10 de febrero de 1928. Era el cuarto de nueve hermanos. Su infancia se desarrolló en un entorno familiar acomodado pero austero. A los diecisiete años pide a su padre ingresar en el Seminario de la Compañía de Jesús, a lo que su padre accede tras asegurarse de su vocación, después de indicarle que cursara un año de estudios de Derecho. Se prepara durante catorce años para ser sacerdote pero nunca llegaría a culminar este camino, pidiendo en 1961 la dispensa para abandonar la Orden, pocos meses antes de su ordenación sacerdotal.

De vuelta a Madrid (los últimos tres años de formación jesuítica los había cursado en Frankfurt) el entonces Delegado Nacional de Educación Física, José Antonio Elola-Olaso, con quien ya venía colaborando con asiduidad, le incorpora a la elaboración de la Ley de Educación Física (1961), le nombra Subdelegado Nacional de Educación Física y

Deportes y le encarga la puesta en marcha el Instituto Nacional de Educación Física (INEF), del que sería su primer director hasta su dimisión en 1977. Tras esta decisión, vinieron unos años de ostracismo en su vida profesional, con importantes dificultades económicas; fue nombrado funcionario del Cuerpo Técnico del Ministerio de Cultura, en aquel momento a extinguir. Durante un tiempo (1978 – 1981) trabajó en una empresa privada pero nunca dejó de dar clases en el INEF de Madrid, continuando con sus aportaciones intelectuales en el ámbito internacional. A partir del curso 1981-82 y hasta su muerte, es invitado a participar como profesor en el INEF de Barcelona.

Su producción intelectual es amplísima; en 1957 publica su primer libro, *Hombres y Deporte*, que obtiene el Premio Nacional de Literatura Deportiva de la Delegación Nacional de Educación Física y Deporte, y a partir de ahí son otros ocho libros los que conforman su producción bibliográfica, habiendo quedado a medio escribir la que habría sido su décima obra: *Educación, S.O.S.* Realiza 548 producciones intelectuales (Olivera, 1996). Ha sido una figura de grandísima relevancia para el pensamiento y el desarrollo de la educación física y del deporte en España e internacionalmente. Su pensamiento gira en torno al hombre, la educación y el deporte (Olivera, 1996). Ocupa importantes cargos en los principales organismos internacionales del mundo de la educación física y el deporte (AIESEP, CIEPS, COI, AOI, ISSP, FIEP; véase Olivera, 1996). Se le otorgan diferentes premios y galardones, muchos de ellos en vida y otros importantes tras su muerte, que sucedió en accidente de avión en el Aeropuerto de Barajas el 7 de diciembre de 1983, cuando tenía 55 años.

Era Doctor en Filosofía del Deporte por la Universidad Karlova de Praga, Licenciado

en Filosofía y Letras, Licenciado en Educación Física, Licenciado en Teología, Diplomado en Psicología y Psicotecnia. Hablaba cinco lenguas modernas con total corrección (alemán, inglés, francés, portugués e italiano), así como latín y griego. Su pensamiento y su obra han sido muy apreciados y valorados por diversos autores españoles y extranjeros tanto en vida como tras su inesperada muerte. Y su figura sigue siendo un referente para las actuales generaciones: son varias las Facultades de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte que le han nombrado Patrón.

Mi retrato comienza en la noche de Fin de Año de 1964, cuando un amigo le invita a una fiesta. Allí estaba mi madre, Isabel de Gregorio Hidalgo (Charra). Ella había subido a la fiesta sin ganas, pero como era en casa de sus primos, dos pisos más arriba del suyo, en la calle de Alcalá, decidió darse una vuelta. A mi madre le pidieron que cantara, porque sus primos sabían que cantaba canciones canarias y jotas con una voz de contralto realmente preciosa. En menos de un mes de conocerse mi padre le pidió a mi madre que se casaran en abril, pero ella dijo que “no quería precipitarse... así que se casarían en mayo”. Recibieron el Sacramento del Matrimonio el 22 de mayo de 1965.

Así comenzó esta historia de verdadero equipo, en el que cada uno ponía lo mejor de sí mismo para ambos y para toda la familia. Él desde los primeros encuentros a principios de enero le decía a ella: “Eres evidente”. Cuando yo de adolescente hablaba con mi madre de su enamoramiento y de su boda, me asombraba cuando ella me decía: “lo ves claro, Virginia, un día tienes claro que esa es la persona con la que quieres compartir toda tu vida”; esto siempre me maravilló y aún hoy día como profesional trabajando con parejas sigo sorprendida por esa claridad

transparente que rodeó su compromiso de por vida.

La verdad es que tuvieron una relación inmensamente profunda y de una igualdad poco habitual en las parejas de su época. Se admiraron muchísimo mutuamente a lo largo de sus dieciocho años juntos. La distribución de roles en cuanto al cuidado de los hijos era tradicional, deseada así por ambos. Mi madre hizo del matrimonio y de la maternidad el eje de su vida, siempre nos ha dicho lo satisfecha que se siente por esta opción personal. Es pintora. En su familia ya había una larga tradición y ella estudió con Álvarez de Sotomayor en su estudio, donde perfeccionó el retrato. En casa pintaba, nos retrataba en cualquier trozo de papel, según estábamos jugando nos decía “a ver, Virginia, quédate un rato quieta” y en unos cuantos trazos dibujaba cara, ojos, boca... captando la psicología de la persona. Esos “trozos de papel” los tenemos hoy día enmarcados en el salón de nuestras casas. Sin embargo, daba claramente prioridad a apoyar a mi padre y a guiarnos en nuestro crecimiento, por lo que él siempre le decía “me tendré que morir para que pintes”. Y efectivamente su primera exposición en solitario fue en 1986, tres años después de la muerte de mi padre.

En abril de 1966 nació yo. Sé, porque me lo han contado mi madre y sus amigos, y porque lo he visto yo con mis hermanos, que cuando era bebé mi padre realizaba conmigo todo tipo de juegos físicos: lanzamientos al aire, balanceos boca abajo cogidos de los pies, ejercicios para hacernos aguantar la respiración... Disfrutó enormemente con cada uno de los cinco bebés. Se fascinaba con la evolución, seguía todas las etapas del desarrollo intelectual, físico, del lenguaje...

Mi hermana Macarena nació en abril de 1967, luego Sofía en 1969, más tarde llegó Tobías en 1972 y por último Asís en 1979.

Tobías fue la “última edición”, cosa que él con su lengua de un añoite repetía, y Asís la “última edición corregida y ampliada”. Nosotros no entendíamos este comentario propio de un escritor pero veíamos que algo divertido debía haber en tales apelativos que a mi madre y a mi padre les producían satisfacción y gracia.

José María Cagigal consideraba que “el primordial y más genérico fin de la acción educativa es ayudar a vivir” (*Educación S.O.S.*, 1983, inédito, cit. por Olivera, 1996 y Olivera, 2003). Esta mirada sobre la educación supone una perspectiva diferente en la que se considera al educador como “ayudante” en esa tarea de ayudar a vivir. Por otra parte, se trata de vivir en sociedad, considerando que “el objetivo secundario con respecto al anterior es integrarse en la sociedad”. Por ello, según mi padre, el educador ha de “estimular en profundidad”, en un proceso en el que “el protagonista es el educando” (Ibid.).

En el día a día su tarea educadora con nosotros estaba tejida de este “ayudar a vivir”. La verdad es que todos los hermanos nos sentimos privilegiados de la educación recibida, no tanto por las formas y normas, por lo que se llama “buena educación”, sino porque el ejemplo que él y mi madre nos daban estaba trenzado de hilos de responsabilidad personal, afán de superación, libertad reflexiva, capacidad de aceptación de las contrariedades, asombro ante el día a día, capacidad de disfrutar y juego.

En casa se jugaba, mucho, en muchas situaciones distintas. Muchos momentos eran puramente lúdicos. Ciertos momentos eran especialmente alegres para nosotros: los pocos días de veraneo que mi padre se podía tomar, por ejemplo, giraban completamente alrededor de él y de su juego: saltos de longitud en la playa, carreras por la arena, horas (literal-

mente) metidos con él en el mar jugando a la pelota, carreras de natación en el Mediterráneo, nos cogía (incluso hasta los doce ó trece años) y nos lanzaba al agua de cabeza por encima de él, competiciones en las que nos puntuaba por pasar buceando por debajo de sus piernas sin tocarle,... Cualquier situación era susceptible de una competición libre y divertida. Otros momentos especialmente lúdicos eran los paseos por el monte: subíamos a la montaña siempre que él podía, y echábamos a andar. Si había que saltar una valla de un campo de ganado, pasábamos las piedras y nos metíamos todos por medio. Para hacer el reto más emocionante, si había toros les mugía (cosa que era tremenda por su voz de bajo) y en alguna ocasión alguno de los animales comenzó a batir la arena con la pata.

Solía competir en los juegos de verano de la piscina de Colmenar Viejo, donde teníamos primero una casa de fin de semana y donde más tarde (1977-1980) vivimos. No dejaba de asombrar que una persona de su talla intelectual en el mundo del deporte subiera a la cucaña, nadara en las competiciones de final de temporada o participara en las carreras de sacos. Más tarde, en la piscina común de la casa a la que nos trasladamos a vivir entre los años 1980 y 1983, también organizó junto con otros vecinos las competiciones de natación. Nos animaba a jugar al waterpolo, actividad a la que nos dedicábamos muchas de las horas de baño con un gran grupo de amigos usando unas porterías que fabricamos nosotros mismos.

En cuanto podía, creaba espacios o posibilidades de juego y deporte. Una vez, en torno al año 1978, un viento huracanado tiró un inmenso cedro que teníamos en el jardín. En lugar de retirarlo, pidió al jardinero que le cortara las ramas y lo dejara ahí mismo para que pudiéramos hacer equilibrios. Así que,

desde ese momento, tuvimos una “auténtica barra de equilibrio” en nuestro jardín, en la que pasábamos horas entre ejercicios y juegos de tirarnos unos a otros. Cuando llegamos a vivir al piso en Madrid la comunidad de vecinos discutió sobre si dejar o no a los niños jugar en el césped. Tras la reunión, mi madre nos contó cómo él había defendido la necesidad de tener el mayor espacio posible de juegos. “Ahora son adolescentes, si no fomentamos el juego, las carreras, el deporte en todo este terreno que tenemos, mañana les estaremos encontrando con la bebida o el porro” había dicho a los vecinos.

Otro aspecto muy característico de su “ayudarnos a vivir” era el promover y proponernos constantes retos tanto físicos como vitales. Desde que yo tenía cuatro años íbamos a pasear por el campo de Colmenar, y a veces nos acercábamos a las canteras. Nos cogía de la mano y nos asomábamos con él al mismo borde para ver el fondo. Ahora lo pienso como madre y me parece una osadía, un verdadero desafío que él aceptaba para sí mismo, para mi horrorizada madre y para nosotros. En verano, si había que montarse en el coche a 50º se trataba de ver quién era capaz de no quejarse. Si teníamos cinco días de vacaciones en Castro-Urdiales (1976) y llovía todos los días, pues se trataba de ser fuertes, ir a la playa y bañarse con lluvia, mientras los empleados del hotel decían al vernos salir: “Sr. Cagigal, con la que está cayendo ¿otra vez van a la playa?”. Si subíamos al puerto de Canencia, o a La Morcuera y hacía viento y frío, “el frío es sano”, así que había que caminar, correr, saltar y mi madre decía “vamos a vencer al viento”.

En su etapa de Director del INEF disfrutábamos del día a día del deportista: pasábamos horas mirando por la ventana entrenamientos y competiciones. Ahí comenzó

a introducirnos la semilla del deporte praxis, una práctica deportiva espontánea y libre que tanto fomentó en nosotros. Siempre nos exigía un comportamiento impecable en cualquier espacio del Instituto y mi madre velaba especialmente por ello. Recibíamos muchísimo cariño de parte de todo el personal.

En la etapa de mayor dificultad también se produjeron diarios desafíos para nosotros y para ellos, a los que siempre respondían con optimismo. Recuerdo la época en la que tuvo que trabajar en la empresa privada. Vivíamos en Colmenar Viejo y sólo teníamos un coche. Si mi madre iba a Madrid con nosotros por la mañana, nos recogía del colegio y esperábamos en el coche delante de su lugar de trabajo, los cinco hermanos con ella, hasta que él saliera hacia las ocho de la tarde. Jugábamos, hacíamos los deberes, pero el reto era ser capaces de aguantar con paciencia; los días que mi madre no iba a Madrid teníamos que esperar entre dos y tres horas en la portería del Colegio, haciendo los deberes. Más de una vez nuestras queridas monjas del Mater Salvatoris nos llevaron a cenar con las alumnas internas.

Es en los momentos más difíciles desde el punto de vista profesional suyo cuando en casa tuvimos más conciencia de optimismo, alegría y aceptación, y donde yo creo que se fue forjando en todos nosotros una capacidad de vivir la vida con “deportividad” a pesar de las dificultades, que creo que nos ha ayudado mucho a todos después. Aunque nunca nos ocultaron las dificultades no nos transmitieron angustia, sino optimismo, esperanza y confianza en Dios. Después de dos años sin ingresos, por fin mi padre consiguió el nuevo trabajo. Esa noche abrieron “un vinito” para celebrarlo. Mi padre se levantó y nos dijo: “Tengo una buena noticia que daros: por fin tengo un nuevo trabajo”. Mi hermana, siempre perspicaz en sus apreciaciones, dijo “¡Pues

vaya!” “¿Por qué dices eso, Macarena?” “Porque ya no vamos a ser así de felices” contestó ella, ante la mirada asombrada y supongo que satisfecha de mis padres.

A partir de su dimisión, para él fue un verdadero desafío seguir con sus importantes responsabilidades en el mundo del deporte internacional sin recursos ni apoyo de ningún tipo: estaba dando unas clases en el INEF de Madrid por las que no recibía retribución alguna, no contaba con apoyo de secretaria, despacho ni lugar de trabajo para cubrir toda la envergadura de responsabilidad que esas funciones requerían. A pesar de todo ello, seguía siendo reelegido por unanimidad como presidente de la AIESEP y vicepresidente de la FIEP, así como en otros organismos internacionales.

Mis padres discutían muy pocas veces, pero los dos eran muy pertinaces. Mi padre era tenaz para sus proyectos, pero eso a veces se tornaba en tozudez para sus propuestas. Por su parte, mi madre era muy insistente, de modo que las pocas veces que se encontraban con posturas opuestas se entablaba una discusión.

Uno de los momentos de mayores diferencias entre ellos se producía cuando mi padre, en su mejor sentido lúdico, apuraba la gasolina del coche: cuando ya la señal de la gasolina entraba en la reserva, él comenzaba a cantar “Aventure, aventure...” con la música del célebre “Frère Jacques, Frère Jacques...”; mi madre le pedía que se parara en la primera gasolinera, pero él decía “No, a ver si aguantamos un poco más” y seguía “Aventure, aventure...”. En una ocasión, volviendo del veraneo, nos paramos en una gasolinera cuando ya no debía quedar más que alguna gota, pero antes de echar el combustible mi padre tuvo que llamar por teléfono por una urgencia familiar, por lo que se olvidó de recargar el depósito. A unos cuatro kilómetros del

pueblo, el coche empezó a dar tirones y se paró. Viajábamos en un Renault familiar, una “rubia” como se decía. Yo iba atrás del todo (tenía quince años), de modo que la mayor parte del equipaje iba atado arriba. Era la una de la mañana. Mi madre no quería quedarse en la carretera sola con los cinco. De manera que nos bajamos todos, metimos el equipaje que estaba en la baca dentro del coche, y nos pusimos en camino los cuatro kilómetros de vuelta al pueblo. Mi padre llevaba a Asís a hombros, y los demás íbamos por la carretera cantando como si de una excursión cualquiera se tratase...

El sentido lúdico de nuestra vida también tenía un punto bohemio: mis padres a veces no tenían horarios, si la noche era estrellada y estábamos todos contemplando el cielo, podían darnos las doce o la una de la madrugada sentados, mirando el cielo de Colmenar, charlando al tiempo... Si había un acontecimiento que mereciera ser visto en la televisión o alguna visita significativa en casa, daban prioridad total a que viviéramos esa experiencia, aunque no estudiáramos o nos acostáramos tarde... Improvisábamos con mucha frecuencia y en muchas dimensiones de nuestra vida.

Muchos de los que le conocieron han destacado en él su capacidad de disfrutar. Se asombraba con todo y de todo, y gozaba con experiencias sencillas y cotidianas pero que le hacían sentirse feliz. Cuando viajábamos en coche nos parábamos en las iglesias románicas del camino, o en un puente romano, o en cualquier lugar bonito con una vista preciosa para contemplar lo que él llamaba una “visión beatífica”.

Mi padre tenía un sentido deportivo de la vida. Sabía ganar y sabía perder. Su perspectiva sobre la pedagogía de la derrota era patente en casa, se hacía evidente en muchos momentos, y especialmente en los más duros.

Cuando su nombre sonó con tanta intensidad como posible Secretario de Estado para el Deporte yo tenía trece años, y recuerdo perfectamente tanto el momento de la posible “victoria” como la posterior “derrota”. Su espíritu optimista, luchador, se hizo más evidente a partir de esa etapa. Mi madre también comparte este mismo espíritu, ella sabe que la vida es luchar, salir adelante, aceptar retos, desafiar situaciones complicadas, perder, pero también ganar.

Su pensamiento original, creativo, erudito y adelantado a su tiempo, también impregnaba las situaciones cotidianas. En las asambleas de padres en nuestro Colegio hablaba de la necesidad de mejorar la educación física y el deporte, de educar para el ocio y para la convivencia en sociedad. Una vez, cuando yo tenía unos diez años, recuerdo que vinieron de una de esas reuniones comentando cómo los padres se habían sorprendido de su idea de que llegaría un momento en que al colegio no se iría para adquirir conocimientos, puesto que con el desarrollo de las nuevas tecnologías esto no sería tan importante, sino a educar a los niños física y socialmente. Parece ser que su tesis había levantado un gran revuelo entre los demás padres y especialmente entre los profesores presentes.

Mi padre tenía algo de “sabio despistado”. El día a día estaba lleno de anécdotas que nos hacían reír de él y con él, porque siempre decía que en la vida es muy importante saber reírse de uno mismo. Algunos ejemplos de esas situaciones podemos encontrarlos cuando untó ketchup en lugar de mermelada en una tostada; más de una vez se tomó sin azúcar el café porque no lo había visto delante de sus ojos en la mesa, y luego nos decía “si es que no me avisáis”; un día puso una tarta de cumpleaños en el techo del coche, se olvidó y arrancó, de modo que nos quedamos sin tarta; otra vez compramos un árbol de navi-

dad y lo pusimos a la derecha de mi madre, en el sillón del copiloto, después fuimos a buscarle al trabajo y en la carretera camino de Colmenar iba abriendo las ventanas diciendo “Oled, oled niños, mirad qué maravilla, cómo huele a pino”...

Este sentido autocrítico tan importante creo que lo había forjado desde su humildad y lo había acrecentado en su etapa en la Compañía de Jesús. Los hijos podíamos decirle lo que pensábamos de él. En más de una ocasión nos reunimos todos, y cada cual fuimos diciendo lo que más nos gustaba de los demás de la familia y lo que menos nos gustaba de cada uno. Era un esfuerzo aceptar la crítica, pero también era reformulado como una oportunidad de mejorar como persona y de cambiar. Mis padres nos escuchaban atentamente lo que les decíamos de ellos. Recuerdo que mi padre solía llevarse el comentario de “egoísta”, lo que él encajaba bien, y nos decía que intentaría cambiarlo y mejorarlo.

Ver acontecimientos deportivos era un ritual insustituible en la familia, y hoy lo sigue siendo con nuestros hijos. Los Juegos Olímpicos, los diferentes mundiales, los europeos, etc. solían coincidir con las vacaciones. Salíamos entonces del apartamento donde estuviéramos veraneando a buscar un bar en donde nos pusieran la tele. Nos íbamos los niños con mi padre (desde que yo recuerdo, o sea, unos seis años), nos sentábamos y no nos movíamos mientras durara la retransmisión. Luego volvíamos cantando los himnos de los ganadores (así aprendimos el himno de la URSS, de EE.UU, de la RDA y de Gran Bretaña sobre todo, además del Himno Olímpico, por supuesto). A veces, cuando mi padre estaba viendo un partido de fútbol en casa y mi madre le reclamaba para algo, él le decía con cierta picardía “Estoy trabajando”, lo cual a nosotros nos hacía mucha gracia.

A Tobías le llevaba desde pequeño a ver los partidos de rugby en la Universitaria. Se iban los dos, y mi padre siempre le hablaba de la nobleza de este deporte, de la dureza de esos deportistas, de su afán de superación y de su capacidad de aguante. Tobías disfrutaba enormemente esos momentos, volvía feliz del rato privilegiado con su padre.

El arte, y especialmente la música, siempre han estado presentes en casa. Él cantaba con una impresionante voz de bajo (había estudiado, antes de irse a Loyola, con el Maestro Altube, que tuvo una gran decepción cuando él le comunicó su intención de entrar en el Seminario y no dedicarse al canto) y mi madre cantaba maravillosamente folclore español, de modo que desde pequeños comenzamos a cantar en familia. Teníamos tres voces aseguradas para hacer polifonía, aunque nos lamentábamos de la falta de un tenor. Con mucho esfuerzo económico nos dieron la oportunidad de estudiar música. Más tarde, en 1980, entramos Macarena, mis padres y yo en un coro en el que también cantaban dos hermanas de mi padre y varios primos nuestros.

La música y el teatro también han sido nexos de unión en la familia de origen de mi padre. Su madre, Asunción Gutiérrez Álzaga, terminó los estudios de piano con premio extraordinario a los dieciséis años. Mi tío Juan tocaba el piano; mi tío Jesús Alberto, el violín; Mapi y Maribel cantan; Celia baila; Asun (Asunción Villamil) que había terminado la carrera de canto con premio extraordinario en el Conservatorio de Madrid y Mari Carmen (Mari Carmen Torremocha) se han dedicado profesionalmente al teatro. Casi todos mis primos, igual que nosotros, cantan, actúan, tocan la guitarra, alguno tiene un grupo de música... La huella de mi abuela paterna se ha transmitido a las nuevas generaciones.

De mi abuelo Jesús mi padre aprendió la honestidad, la rectitud, la austeridad, la responsabilidad. La familia de mi abuelo tenía un ascendente importante en la región, el padre de Jesús era Químico y Dr. en Farmacia, había traído la electricidad a la comarca de Hoz de Anero, y era una persona muy respetada y querida por todos. Pero mi abuelo quedó huérfano a los 10 años, lo que supuso que los hermanos fueran separados para vivir en casas de diferentes familiares, y que su inicial buena situación económica se tornara en dificultad, lo que desde pequeño imprimió en él un alto sentido del esfuerzo y del sacrificio que sin duda transmitió a sus hijos. Siguió sus estudios primarios de forma casi autodidacta; superó las oposiciones del Cuerpo Pericial de Aduanas, y su recorrido profesional le llevó más tarde a Bilbao, donde nació mi padre. Posteriormente fue Gobernador Civil de Logroño y en 1945 se trasladó con su familia a Madrid.

A mi padre le gustaba muchísimo encontrarse con el ser humano a través de las manifestaciones populares. Por ello nos enseñó muchas canciones populares, especialmente del norte de España: vascas, cántabras y gallegas. En todos sus viajes aprovechaba para aprender canciones de otros países que luego nos enseñaba: en búlgaro, en checo, en georgiano... Cantaba especialmente bien canciones rusas. Era sorprendente su amistad y buena relación con personas de países del bloque comunista en plena dictadura franquista. De hecho, las lenguas eslavas tuvieron una importante presencia en los primeros años del INEF a través del Servicio de Documentación e Información que se encargaba de hacer llegar toda la investigación relevante de estos países, superando así el habitual aislamiento que tenemos casi todos los investigadores, sujetos a conocer casi en exclusividad las aportaciones en inglés.

La cerámica era otra de sus pasiones que le ligaban a la esencia más popular del ser humano. De sus viajes por Oriente Medio, Grecia, Hispanoamérica, solía traer pequeños objetos de arte popular formando, poco a poco, una preciosa colección. Especialmente significativo fue el entusiasmo de mi madre y de mi padre por la cerámica española. La familia de mi abuela materna era de Talavera de la Reina, de modo que mi madre había apreciado desde siempre las piezas de este arte popular y ya tenía algunas muy buenas. Ellos fueron ampliando progresivamente esa magnífica colección de cerámica española: Talavera de la Reina, Puente del Arzobispo, Manises, Alcora, Ribesalbes, Murcia... Cuando mi padre tenía hueco en un domingo cogíamos el coche y nos íbamos de chamarileros y anticuarios. Empezaba entonces una coreografía estupenda entre mi padre y mi madre, en la que su baile acababa con alguna buena pieza a precio de casi nada. Pero claro, después del logro, sólo quedaba para algún pincho de tortilla a repartir. Mis padres se divertían enormemente con este ritual, y nosotros también brujuleando por entre los cachibaches. Poco a poco fueron estudiando más sobre cerámica española y llegaron a ser unos buenos especialistas.

También le gustaba sumergirse en lo primitivo, en las primeras manifestaciones del hombre. Su interés por la arqueología y por la paleontología era muy grande. Hablábamos de la evolución de la Tierra, de las glaciaciones, de las distintas especies de dinosaurios (en una época en la que poca gente les prestaba atención, ya que todavía faltaban unos cuantos años para que Spielberg estrenara *Jurassic Park*). Un día fuimos con unos íntimos amigos a coger trozos de sílex a un campo de rastros, posiblemente un antiguo asentamiento paleolítico. Fue una mañana espléndida y cogimos muchas lascas. A partir

de entonces, mi hermano Tobías, que tenía cinco años, comenzó a venir del colegio con los bolsillos llenos de ladrillos y cantos rodados diciendo: "Mira papá, traigo piedras paleolíticas".

Tenía una gran autoridad sobre todos nosotros, pero sin autoritarismo. Podíamos hablar, dialogar, discutir y pensar diferente. Recurría con muchísima frecuencia a los reforzadores sociales, entre ellos los "laudes", de modo que cuando alguno hacía algo bien le decía: "Tienes X laudes" y llevábamos una cuenta (que él no utilizaba en término de economía de fichas, dicho sea de paso) de los doscientos o trescientos "laudes" que uno ya tenía. Para sancionar las conductas nos ponía "puniciones", que eran igualmente inútiles y siempre inferiores en cantidad a los "laudes", pero que a nosotros nos importaban mucho. Castigaba muy pocas veces, y cuando lo hacía solía decirnos: "Mañana me recuerdas que tienes un castigo" ¡y nosotros se lo recordábamos! o bien "Dime qué castigo te pondrías" y, como puede imaginarse, nos lo poníamos.

Me gustaba muchísimo hablar con él sobre educación. Me transmitía claridad, criterio, seguridad, disfrute. Sí, realmente mi padre disfrutó educándonos. Miraba la educación con gran optimismo, aunque no tanto el camino que estaba tomando la sociedad a finales del siglo. Ponía un énfasis muy grande en la importancia de los padres y de los educadores en el desarrollo del niño. Su perspectiva sobre el desarrollo del hombre me dejó una huella imborrable.

Cagigal era una persona de compromiso. Se comprometió con su pensamiento y fue fiel a él de principio a fin, incluso en detrimento de su poder o de su prestigio. Se comprometió y fue inmensamente fiel a mi madre; pienso que difícilmente habría llegado como hombre y como profesional a donde

llegó sin la presencia de ella en su vida. Se comprometió con los amigos y, en su confianza e ingenuidad, se llevó más de un disgusto por el giro de alguno de ellos. Era verdaderamente amigo de sus amigos: de los de la primera época, tan buenos amigos de la Compañía de Jesús con los que mantuvo el cariño mutuo siempre; de los amigos de su ámbito laboral, que fueron pasando de colaboradores a personas de gran importancia humana en su vida; de los amigos hechos en la última etapa. Todos ellos coincidían en señalar en él su sonrisa, su afabilidad, su sentido del humor, su cercanía, su capacidad de liderazgo, su honestidad, su serenidad, su timidez y sobre todo su bondad.

Mi padre no entendía al hombre sin Dios. Esta comprensión pasó por diferentes etapas en su vida. De la espiritualidad ignaciana yo creo que le quedó el “ser para los demás”, que tradujo en un “ser para mi familia y ser para el hombre”. Su pensamiento está firmemente enraizado en el humanismo cristiano, en su énfasis sobre la singularidad de cada persona y sobre la dimensión trascendente. Sin embargo, para defender su tesis doctoral en la Universidad Karlova de Praga, estudió con gran profundidad el pensamiento marxista, puesto que tenía que realizar un examen de filosofía marxista. En ese momento, en el choque entre el hombre de razón y el hombre de fe, tuvo una breve pero intensa crisis espiritual; su fe salió de ella muy fortalecida y el sentido de trascendencia se convirtió en el verdadero apoyo en todas las épocas más duras, permitiendo que aflorara un profundo espíritu de aceptación, confianza y perdón.

Cerca de su muerte, en una postal que le escribió a mi madre en julio de 1983, le decía: “Hay sobre todo dos seres que se me meten cada vez más en mi inconsciente: Dios y tú (...) Dios nos hizo el uno para el otro.

Tú eres para mí y yo soy para ti. A medida que pasa el tiempo es todo cada vez más claro y más sencillo. También es cada vez más evidente la llamada de Dios”. Pero Cagigal, preocupado siempre por el hombre, no puede evitar sentirse un privilegiado en esta experiencia, y en la misma postal se pregunta: “¿Qué raro Dios es éste que, pudiendo, no llama igualmente a todas estas gentes? Dentro de la contundente llamada de Dios estoy lleno de perplejidades”.

Ya varios años antes había tenido una experiencia de discernimiento importante sobre su vocación en la que se había sentido como Tobías, el personaje bíblico, que estaba ciego pero persistió en la fe y la confianza de modo que Dios le devolvió la vista. Mi padre sentía que también Dios le había devuelto la vista por la claridad con la que comprendió que su camino no era el sacerdocio, a pesar de lo duro que fue para él el discernimiento en aquel momento. Decía que la única condición que le puso a mi madre para casarse era que el primer hijo varón se llamara Tobías. Y mi madre aceptó la condición. Conocer el porqué de esta cuestión formaba parte de un rito familiar de iniciación a la adolescencia: “Cuando cumplas quince años te lo contaré”, nos decía.

Su semilla ha quedado en cada uno de los hijos de una forma diferente. Sus aficiones e intereses también se han ido plasmando en la vida y las elecciones de cada uno aunque en todos es común la pasión por el deporte. Yo me he dedicado a la Psicología; él me dio mucho en este ámbito y, con tanta riqueza recibida sobre la pareja y a la familia, me resultó evidente mi área de especialización. Macarena estudió Ciencias Físicas con ánimo de dedicarse a la Astrofísica; había compartido con él tantas horas de mirar y estudiar el cielo, de contemplar la grandeza de la Creación... Sofía estudió Geografía e

Historia, inicialmente con la idea de especializarse en Arqueología, haciéndose eco de su interés por el ser humano primitivo y las primeras culturas, aunque más tarde profundizó en un Master en Fundaciones con el ánimo de poder iniciar algo en torno a su figura y su obra. Tobías, además de estudiar también Físicas, es jugador de rugby y ha formado parte de la Selección Nacional durante varias temporadas; el deporte noble, el que tanto le había unido a él, caló profundamente en mi hermano, que aún hoy sigue jugando.

Asís, que actualmente termina Ciencias Empresariales, a pesar de haberlo perdido tan pronto, con cuatro años, tiene mucho de él: es un apasionado de la música y del canto, dedicando muchas horas de su vida al coro en el que canta y, especialmente, su natural bondad recuerda enormemente a la de mi padre.

Su mejor herencia nos la legó aquella mañana del 7 de diciembre de 1983, cogiendo la mano de mi madre cuando ella le dejaba en Barajas: “Qué paz y qué seguridad saber que os dejo en manos de Dios”...

CAGIGAL: RETRATO DEL HOMBRE

PALABRAS CLAVE: Historia de la Psicología, Educación Física, Psicología del Deporte, Cagigal.

RESUMEN: “Cagigal: retrato del hombre” es una revisión vital de la figura del creador del Instituto Nacional de Educación Física (INEF), cuyo pensamiento, obra y labor adelantadas a su tiempo son precursoras de la actual Psicología del Deporte. Se descubre una concepción del deporte como medio y como fin en sí mismo, como herramienta educativa y como filosofía de vida, que José María Cagigal llevó a todos los ámbitos de su existencia. A manos de su hija, la Dra. Virginia Cagigal de Gregorio, se percibe a un hombre comprometido con sus ideas sobre la educación, el ser humano y el deporte; ideas que lleva desde el pensamiento hasta la acción profesional y personal, haciendo de su familia un equipo y de su vida un ejercicio deportivo.

CAGIGAL: RETRATO DE UM HOMEM

PALAVRAS-CHAVE: História da Psicologia, Educação Física, Psicologia dos Desporto, Cagigal.

RESUMO: “Cagigal: retrato de um homem” é uma revisão vital da figura do criador do Instituto Nacional de Educação Física (INEF), cujo pensamento, obra e trabalho adiantados para o seu tempo, são precursoras da actual Psicologia do Desporto. Descobre-se uma concepção de desporto como meio e como fim em si mesmo, como ferramenta educativa e como filosofia de vida que José Maria Cagigal levou a todos os âmbitos da sua existência. Pelas mãos da sua filha Dra. Virginia Cagigal de Gregório, percebe-se que era um homem comprometido com as suas ideias sobre a educação, o ser humano e o desporto; ideias que prossegue desde o pensamento até aos actos profissionais e pessoais, fazendo da sua família uma equipa e da sua vida um exercício desportivo.

Referencias

- Cagigal, J. M. (1957). *Hombres y deporte*. Madrid: Taurus.
- Cagigal, J. M. (1966). *Deporte, pedagogía y humanismo*. Madrid: Comité Olímpico Español.
- Cagigal, J. M. (1972). *Deporte, pulso de nuestro tiempo*. Madrid: Editora Nacional.
- Cagigal, J. M. (1975). *El deporte en la sociedad actual*. Madrid: Prensa Española/Magisterio Español/Editora Nacional.
- Cagigal, J. M. (1976). *Deporte y agresión*. Barcelona: Planeta.
- Cagigal, J. M. (1979). *Cultura intelectual y cultura física*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Cagigal, J. M. (1981). *Deporte: espectáculo y acción*. Barcelona: Salvat.
- Cagigal, J. M. (1981). *¡Oh deporte! (Anatomía de un gigante)*. Valladolid: Miñón.
- Olivera, J. (1996). *José María Cagigal Gutiérrez (1928 – 1983). Vida, obra y pensamiento en torno a la educación física y el deporte*. Tesis doctoral. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Olivera, J. (2003). *José María Cagigal. El humanismo deportivo: una teoría sobre el hombre*. Málaga: Instituto Andaluz del Deporte.

Apostilla a “Cagigal: Retrato del hombre”

Glòria Balagué

University of Illinois at Chicago
gloriab@uic.edu

He leído el escrito de Virginia Cagigal sobre su padre y tengo un nudo en la garganta al darme cuenta de lo mucho que aún le echo de menos.

José María Cagigal era un auténtico hombre renacentista: sabía de casi todo y le interesaba todo. Recuerdo una de las últimas veces que le ví, en Roma, en Junio de 1980, en el Congreso de Mujer y Deporte. El Congreso organizó una representación de Aida en el maravilloso escenario de las Termas de Caracalla. Nuria Puig y yo habíamos organizado un seminario en INEF de Barcelona y conseguimos ayuda para ir al Congreso junto con los alumnos del Seminario. José María vino a sentarse con nosotras y yo descubrí entonces que se sabía muchas óperas de memoria: Nos fue cantando trocitos y contándonos lo que representaban diversos elementos. Recuerdo que pensamos: ¿De qué no sabe este hombre? En Octubre de 1980 yo marché a los Estados Unidos y no volví a verle.

Profesionalmente, José María fue mi mentor. Me propulsó sobre sus hombros al mundo de la Psicología del Deporte internacional. En el Congreso de la ISSP (*Internacional Society of Sport Psychology*) de Praga en 1977, José María impartía una de las Ponencias Invitadas. Una repentina crisis política le obligó a regresar a Madrid antes de dar su ponencia y me pidió a mí que la leyera yo. No sé que más hizo o dijo, pero en el siguiente Congreso, cuatro años mas tarde, mi nombre figuraba como candidata al *Management Council* de la ISSP, cargo que ocupé durante 8 años. José María sabía que yo no tenía mucha experiencia, que “estaba muy verde”, pero tenía una fe enorme en mí y además creía que era bueno que España estuviera representada en esos organismos internacionales. Su visión política, de la que yo carecía, se tradujo en una gran propulsión y apoyo a la psicología del deporte en nuestro país, que está establecida en al ámbito académico, aplicado e internacional, por delante de países como Francia o Italia. José María Cagigal reconoció siempre la importancia de diseminar el conocimiento y así apoyó revistas y publicaciones sobre actividad física y deporte, creando uno de los departamentos mas avanzados del INEF. Creo, por cierto, que estaría muy orgulloso de esta revista.

El se definía como un filósofo del deporte, y años después he comprendido la importancia de esa reflexión profunda sobre el deporte como actividad humana básica. Como gran educador que era, José María Cagigal sabía del valor extraordinario que la actividad física y el deporte tienen en el campo educativo: Por eso no estaba dispuesto a ceder fácilmente en lo que él creía esencial. Al contrario de algunos educadores, que han polarizado el terreno considerando a la actividad física como buena, pero el deporte y la competición como negativos, José María tuvo siempre claro que el problema no residía en el deporte ni en la competición, sino en cómo se enfocaba, cuáles eran los valores y los objetivos que tenían los responsables y organizadores del programa deportivo en concreto. Por eso, él veía el INEF como una institución educativa de vanguardia porque sabía del

valor intrínseco del deporte, del que carecen en general otras materias. Es difícil encontrar muchos profesores de lengua o de matemáticas que tengan el impacto en sus alumnos que tienen muchos entrenadores y profesores de Educación Física.

El hecho de que el fuera fiel a sus ideales, no a una ideología, hizo que no tuviera los puestos que merecía. Pero la suya es una voz que no se apaga, y yo quiero unir la mía al reconocimiento de ese hombre extraordinario que tuve la fortuna de considerar mi amigo.